

pφ7519
.D3
T6

Es PROPIEDAD.

FILMS DE PARÍS

FILMS DE PARÍS

Los exóticos del Quartier.

En la terraza del Valchette, ó desde algún banco del Luxemburgo, me fijo singularmente en los exóticos que desfilan. Y me llama sobre todo la atención el negrito del panamá, un negrito negro, negro, con un panamá blanco, blanco. Es un negrito delgado, ágil, simiesco, orgulloso, pretencioso, pintiparado, petimetre, suficiente, contento y como danzante. París contiene varias clases de hijos de Cham, pero este negrito á ninguna de ellas pertenece. No es, seguramente, el célebre payaso Chocolat, que ha recibido recientemente una medalla por haber ido, muchos años, á divertir con saltos y muecas á los niños pobres de los hospitales y asilos; no será, por cierto, Koulery Ounibalo, príncipe Gleglé, hijo del rey Behanzin Cortacabezas, que puede verse reproducido en cera en el museo Grevin, y del cual príncipe, que ha servido como buen soldado á Francia, no ha vuelto á acordarse el Estado que depusiera á su padre; no será, de ninguna manera, el diputado por la Guadalupe, Le-

gitimus, que ha pasado ya los años de la alegre juventud; no será, sobre todo, el estupendo Johnson, que desquijarró á Jeffries en Yanquilandia y cuyo retrato y "sonrisa de oro" han popularizado las gacetas. ¿Quién será, entonces, este negrito pintiparado que camina "en se dandinant", y "dodelinant de la tête?" A veces va solo; á veces con otros compañeros de color, pero que no tienen sus manifestaciones de holgura, ni su cándido jipijapa; á veces, en compañía de una moza pizpireta del "quartier", una de esas trabadas calipigias que andan hoy por la moda en perpetua gymkana.

Como no estamos en los Estados Unidos, la muchacha jovial que ama los oros no gradúa ni los relentes ni los inconvenientes de la mayor ó menor cantidad de betún de su acompañante. Hay un hecho innegable por su apariencia: ese negrito es rico. Debe quizá poseer cañaverales en alguna Antilla; ó bien su bien provista cantina en tal ciudad del Congo; ó bien sencillamente será algún banquero, esto es, un negro tratante en blancas, para Colón, para Jamaica, ó para Trinidad. ¡Vaya usted á saber! Mas lo que llama la atención es su suficiencia, su aplomo y un mirar y un sonreír donjuanesco... "Niger sum sed formosus..." Pasan los amarillos, casi siempre de dos en dos, ó de tres en tres, con ó sin sus amiguitas respectivas. Un buen conocedor podría distinguir á los chinos de los japoneses. Parecidas son sus caras pálidas, sus ojos más ó menos circunflejos, saltones ó perdidos en una adipsosidad ó como insuflamiento de fluxión, serios ó risueños, con rasgos huyentes ó definidos como los

de las máscaras de su tierra. Les hace falta el kimono, ó la blusa extremoriental, pues los jaquetes ó las americanas les quedan siempre arrugados y flojos, gritando su origen de la Belle Jardinière ó de la Samaritaine. Y en el coro de las peripatéticas del Barrio se ve que no echan de menos ni sus chinitas, sus congais, ó sus musmés y geishas. Pasan los turcos, griegos, levantinos, con aspectos sudamericanos, y van á comer su pilaf, su kiebab, su balaklava y su leche cuajada á los comedores de un franco veinticinco que hay en la rue des Ecoles. Y las parisienses estudiantófilas van con todos contentas, á cambiar su fácil amorío por esos amoríos de distintos colores, olores y sabores, pues el yen y la dracma se funden en el áureo luis de Francia.

Pero entre todos los exóticos que pasan, el negrito del panamá se lleva la palma.

Jean Orth.

Eugenio Garzón, el platense de *Le Figaro*, debe estar contento, pues le han vuelto á poner de actualidad á su famoso archiduque. Como se ha solicitado en la corte austriaca que se declare oficialmente el fallecimiento del misterioso y romántico desaparecido, tornan á referirse las viejas historias y leyendas. ¿Se hundió en el mar en la Sainte Marguerite el príncipe aventurero? ¿Vive aún en alguna parte de América ó del Asia, como se sospecha? Es el caso que muchos no creen en su muerte, que hay quienes le han visto y hablado con él, gentes que viven en Francia, en Belgica y en el Río de la

Plata. La última carta que se recibiera de Jean Orth, ó sea del archiduque Juan Nepomuceno Salvador, fué escrita en la Ensenada, en el estuario del río de la Plata, y en ella manifestaba el príncipe que se dirigía á Valparaíso por el cabo de Hornos. No se supo de él más. Se ha creído que una tempestad hundió en el mar el velero y sus tripulantes, y al Habsburgo soñador y á su mujer la bailarina vienesa Milley Stubel. "Algunas consideraciones, dice Raymond Perraud, apoyan esta hipótesis. Parece cierto que hubo ciclones que desolaron aquellas regiones allá por el fin de Julio de 1890. El *Temps* de 5 de Noviembre de 1890, publicó un telegrama según el cual un navío sueco que llegó á Chile, había encontrado en su derrota tres restos de barcos cuya nacionalidad no había podido conocer. Se sabe, por otra parte, que Jean Orth había estudiado, de 1887 á 1889, lo preciso para obtener su título de capitán mercante, lo que implicaría su voluntad decidida de adoptar la carrera de marino. En fin, es extraño que ningún hombre de la tripulación, suponiendo á éstos sanos y salvos, no haya dado nunca señal de vida. Sin embargo, justo es reconocer que la investigación seguida de 1899 á 1900, en la Argentina misma, por Eugenio Garzón, ha llevado á éste á una conclusión diametralmente opuesta." Esto lo acabo de leer en el *Paris Journal*. Hay que advertir que el tono literario y la forma elegante del libro de Eugenio Garzón han hecho creer á muchos que se trataba de una exposición novelesca y que aun la documentación y los nombres pertenecían al imperio de la

fantasía. Sin embargo, nada más real que las averiguaciones del eminente periodista. Es una lástima que el jefe de policía del departamento de Concordia, señor José Boglich, no haya sido más explícito, ó que su información no haya sido llevada á mayores detalles. El señor Nino de Villa Rey, por su parte, ha contribuido á que se aumente el misterio con su silencio ó sus reticencias respecto al amigo á quien acompañase á la colonia Yeruá. Lo último que se averiguó en la Argentina es que Jean Orth y su mujer se internaron en las soledades del Chaco paraguayo. Mas luego resulta que se le ha visto después en la Argentina, en diferentes fechas posteriores, y lo que es más interesante aún, hay quienes han hablado con él en París nada menos que en los días del recién pasado Febrero. El *Courrier Européen* publica una carta del doctor Albert Ferenez, que asegura saber "de origen muy seguro", que el archiduque vive en la Argentina, "donde posee una real y hermosa fortuna", que no hace mucho estuvo en París y en Londres. Los detalles abundan. Jean Orth se hospedó en el Grand Hotel, con el nombre de barón Otto. Vino á hacer una consulta judicial, para lo cual habló con los abogados Douhet, francés, Lapuya, español, y Casoretti, italiano. Luego partió para Nueva York, en donde tuvo una entrevista con un conocido juriconsulto y diplomático, Mr. Everett. "Entre las personas que han visto al barón Otto, y reconocido en él al archiduque Juan Nepomuceno Salvador, dice el doctor Ferenez, puedo citar al conde Marulli, antiguo chambelán y secretario del conde de Caser-

ta, que le vió en Londres, y al doctor Nadal, antiguo profesor en la corte de Viena, que tuvo ocasión de encontrarle en París. Agregó que M. de Cassoretti estuvo recientemente en Viena. Hecho significativo: ese paso por Viena del abogado particular del barón Otto ha coincidido con el despertamiento de la historia de Jean Orth, es decir, con la satisfacción acordada por el gran mariscalato de la corte de Austria al archiduque José Fernando, heredero de los derechos de la corona de Toscana, quien dentro de seis meses obtendrá la declaración de la muerte legal de su tío. Pero he aquí un detalle extraordinariamente interesante. M. de Cassoretti no desaprueba de ninguna manera la decisión tomada por la corte de Viena, por la buena razón de que Jean Orth, hoy barón Otto, no piensa de ninguna manera en protestar contra la declaración de su muerte. En fin, debo declarar que mis informes no se limitan allí y que no se ha perdido la pista del barón Otto, desde el último Abril, fecha de su última permanencia en Nueva York, y de su entrevista con el jurisconsulto Everett".

Por su parte, el redactor del *Figaro*, M. André Nodel, habló con el abogado francés M. de Douillet, el cual ha dado á entender, si no lo ha confesado claramente por el secreto profesional, que en efecto, en Febrero pasado fué consultado, en unión de sus colegas Cassoretti y Lapuya, por el barón Otto.

Un redactor del *Journal* publica las declaraciones de M. Henry Cénac, antiguo comerciante, oficial francés que habita en la Argentina desde hace veinte años. Este señor asegura haber encontrado

á Jean Orth por el río Negro, bajo el nombre de don Ramón. El hecho fué conocido, y afirma que se ocupó de él *Caras y Caretas*. Esto aconteció en 1901. Asimismo, cree haber tratado á Jean Orth, por parajes argentinos, el comandante Lecointe, que fué en la expedición de la Bélgica.

Por último, el cónsul argentino en Viena afirma la existencia del rico propietario barón Otto, en la Argentina; pero dice que, no interesándole el asunto, nunca se preocupó de averiguar si bajo ese nombre se ocultaba el novelesco archiduque.

Después de todo, ¿no existe en Buenos Aires ningún Sherlock Holmes? La pesquisa es de trascendencia y el folletín de universal interés.

El faunida.

En una estación del Metropolitano, ó del metro, como aquí se rebana. Un hombre, en cuya cara se encuentran rasgos de un famoso retrato de Carrière, pero que revela una tranquilidad y pasividad esencialmente burocráticas, ve pasar gentes y gentes, oye el ruido de los subterráneos trenes, cuenta paquetes de cartones, apunta números en calepines, acaricia lápices y perforadores. No le perturba ninguna inquietud. Llega á las horas fijadas de su empleo y se retira cuando han cesado sus funciones. Tiene asegurados los huevos al plato y la coteleta, gracias á la administración. Fuera de su ropa diaria, tiene la menos modesta dominical y de los días excepcionales. ¿Es casado? ¿Es soltero? No me ha interesado el averiguarlo. De todas maneras,

debe portarse correctamente y cumplir con sus obligaciones. Creerá en los beneficios de la república, tendrá su mira puesta en un ascenso y obtendrá quizás pronto las palmas académicas. Todos los años, en una fecha fija, sabe que es obligación suya reunirse en un café de barrio, con unos cuantos hombres y mujeres que dicen discursos y versos á la memoria de su padre, y que comen por tres ó cuatro francos, en fraternal ágape con la locuacidad de los hombres de letras. El llena su misión sin comprender muy bien lo que se dice. Vagamente sabe que hay algo que le debe dar cierto orgullo y algo que le debe dar cierta vergüenza. Lo que es un hecho es que es un buen empleado, que merece el elogio de sus superiores y que nadie tiene que hacerle el menor reproche en su conducta.

Es un hombre relativamente feliz. Ignora las angustias del ajeno, de la lujuria y de la gloria. Es el faunida, es el hijo de Paul Verlaine.

La princesa Gnika.

¿Quién la llama la nueva Cenicienta? El que sabe que ella se ha logrado un príncipe con un sombrerito, así como la otra Cenicienta se lo ganó con un zapatito. El cable os ha de haber llevado el caso, pero los detalles son muy sabrosos.

Mademoiselle Liane de Pougy es una célebre peripatética, cuyas glorias medio mundanas han cantado conspicuos aedas. Entre ellos el principal fué su amigo Jean Lorrain, que en paz descansa. Famosa por sus hazañas amorosas como por sus trajes y

sus joyas, hace ya tiempo que su nombre es pronunciado como se chupa un bombón en el mundo de los que se divierten. Sus amantes han sido variados y de distintos países, como los de tal Emilianita eclipsada ó los de cual Carolina en su ocaso. Todo esto quiere decir que no está ya en la primavera de la vida.

Se ha dedicado en momentos de desencanto, ó de ocio—*otium cum negotio*—á las bellas letras. Como en estos casos, siempre la murmuración ha asegurado que sus cuentos, sus novelas y sus versos, no son de ella. Pero parece que, en verdad, tiene un temperamento literario, que es fina y no dice palabrotas como la Otero. Más aún, á ser suyos los versos siguientes, que se han publicado con su firma, quedaríamos en que es una aventajada discípula de Maeterlink; la poesía se titula, *Inutilement*:

Et si son regard te cherchait,
Et si son regard t'implorait,
Saurais-tu comprendre?
Non! Je dirais: «Il se souvient
D'une heure qui lui parut tendre!»

Et si son desir te voulait
Et si son desir t'appelait
Voudrais-tu permettre?
Non! Doucement, je sourirais
Comme au destin qui fut mon maitre.

Et si son cœur te regrettait,
Et si son cœur te suppliait,
Resterais-tu forte?

Je me dirais: «C'est un retour
Près de la tombe d'une morte!»

Et si tout son être souffrait,
Si son être se torturait,
Sans épouvante,
Je me dirais: Le voilà prêt,
Pour le bonheur de d'une autre amante!»

Esto, si no nos acerca un poco á Aspasia, nos da idea de las buenas relaciones intelectuales que ha podido tener la aplaudida sacerdotisa.

La cual tiene un castillo espléndido, lleno de mármoles y flores, en Saint-Germain-en-Laye, cerca del del conde de Noailles, y una negrita de compañía, casi siempre vestida de verde y que se llama Jesús

Avino, pues, que una tarde, paseábase no lejos de su mansión, en el lindo pueblo, la ilustre cortesana, en compañía de otra no menos ilustre y de un joven amigo, por el cual padecía el amable mal que aquí llaman *béguin*. El joven, casi un efebo, es nada menos que príncipe. Príncipe más ó menos valaco, servio ó rumano, pero príncipe; con una cara como la de Kubelik, y un significativo tupé. ¡Y el otro tupé! Iba, pues, Liane de Pougy en su compañía, luciendo entre otras cosas un sombrero que por lo diminuto parecía un sombrero de muñeca. En esto, aparecen en una bocacalle dos damas burguesas con un excelente señor burgués.

Una de las burguesas, verdaderamente asombrada y regocijada, al ver el sombrero de la amorosa, se echó á reír con todas ganas, como corresponde á una burguesa.

Entonces el joven príncipe, en defensa de su amiga bella, dijo á la mujer que reía:

—Cuando se tiene una *gueule* como esa, no se debe reír:

—¡*Gueule* ha dicho!—exclamó indignada la burguesa dirigiéndose á su marido. Al mismo tiempo que daba á la Thais un nombre de simpático pájaro que ignoro por qué toman aquí por un insulto: “Grulla.”

Cuando el príncipe menos lo pensó, el hombre republicano le dió un par de sonoras bofetadas.

—¡Caballero!—gritó.

Y el otro le dió entonces otro par. Luego cada cual se fué á su casa.

El príncipe, naturalmente, no mandó los padrinos al hombre inferior, sino que le entabló demanda. Y Liane lamentaba á su príncipe deteriorado á causa de ella. Ello no tuvo grandes consecuencias. Sino que, al poco tiempo, la negra Jesús preparó su más papagayesco vestido verde, para asistir á la boda de la nueva princesa, que con su título queda convertida en sobrina de la reina Natalia de Servia. Esta se ruborizará de la “messaliance”. ¡Si viviese el rey Milano! Y como parece que la renta que antes servía á su joven preferido la cortesana, se ha aumentado con la ceremonia nupcial, dicen, con cierto eufemismo, malignos como el político Gérault-Richard: “Si nos *arrière-grands-oncles* virent des rois épouser les bergères, nous voyous, nous, des princes épouser le troupeau et des sirènes séduites par de brillants mais minuscules hôtes de l'onde.” Y otros irónicos: “Es en efecto cierto que celebrando el pacto conyugal, entrando en la categoría de las esposas legítimas, mademoiselle Liane de Pougy

se "déclasse" definitivamente. Se aparta de la deliciosa galería de las grandes cortesanas, la que fué en nuestros tiempos morosos el más espléndido adorno. Aspasia y Lais, Marion Delorme, Ninón, Manón, Lescaut, Cora Pearl y Anna Deslions, tenían en Liane una continuadora tan bella como ninguna de ellas lo fué jamás. Ella mantenía—no diremos el pabellón—pero sí la bandera de las ilustres hetairas y de las suntuosas vendedoras de olvido. Era una gran figura, la alta significación de un idea. eterno. Pues, si son maldecidas por los burgueses y abominadas por los profesores, las grandes cortesanas tienen de su parte á los poetas, á los artistas, á los que dan la inmortalidad. Y mademoiselle Liane de Pougy renuncia á todo eso. Pone su dimisión de diosa. Se pierde entre la muchedumbre. Llega al matrimonio como un bello bajel que acaba de correr mares encantados y que, abandonando sus bellas velas, vuelve al puerto comercial, se resigna al dique polvoso cerrado de esclusas, limitado por cadenas, rodeado de funcionarios. ¡Qué caída!

Y se insiste en el tupé principesco. Qué tupé. ¡Sábese—dice otro maldiciente—que la princesa está condecorada con el "Aguila Negra del Benin? Una condecoración africana, como veis. Condecoróla el rey negro Tofa, que fué un admirador fervoroso de sus encantos.

"El recuerdo de su belleza lo perseguía en las regiones tropicales y le obsedía á tal punto, que el buen monarca, que sabía algunas palabras de francés, siempre hablaba de ella cuando charlaba con oficiales amigos.

—Comment vas-tu?

—Pas mal, et toi, mon vieux?

—Moa, Lian' Paougi! ¡Lian' Paougi!

Y al decir esto, el buen rey de Benin sacudía su bicornio emplumado y las charreteras de cabo que adornaban sus espaldas desnudas.

Maldad, se dirá, murmuraciones, envidias. Pero es el caso que el príncipe servio debe de saber toda esa colección de anécdotas y ocurrencias que han aparecido en los periódicos con motivo de su sonado casamiento.

Los parisienses, de todas maneras, se han enorgullecido de ella.

—Es, dice uno, la más célebre de nuestras "demi-mondaines" y la más rica. Su lujoso hotel de la rue de la Neva, encierra una fortuna. Más de cien mil francos de "bibelots" están amontonados en la chimenea, y una vitrina de vientre dorado contiene por un millón de joyas. La dueña monta á caballo, toca guitarra, toca piano, recita y conoce la pantomima. Su gloria se realza con algunas resonantes tentativas de suicidio.

Ya veis que "toda su persona es lo que se llama completamente parisiense. Y que en tiempos en que se endiosan á histriones y cortesanas, ella está "the right woman in the right place".

Cuando en la alcaldía el funcionario le preguntó por su edad, ella confesó, con cierta vacilación encantadora, treinta y tantos años. En cuanto á su nombre verdadero, le fué preciso revelar un patronímico hartó vulgar. En su anterior estado de casada se llamaba madame Purgre.

¿No dicen que se llama d'Annunzio Rapagnetta?
¿Y Anatole France simplement Thiébaud?

Pero ya oigo á Unamuno exclamar en su franco-
fobia: ¿Pero en eso se ocupan los franceses?—¡En
eso, mi buen amigo, y en otras cosas más!

De la necesidad de París.

Cuando uno ha habitado la ciudad de París por
algún tiempo, se convence de que, desde luego, vale
más que una misa. Se padece fuera de París la en-
fermedad de París. No da uno un paso sin recordar
á propósito de cualquier cosa el ambiente y el en-
canto parisienses, y la nostalgia se acentúa de ma-
nera que hay que volver lo más pronto posible. Es
que hay una especie de brujería en la villa divina é
infernál que posee y no suelta jamás. ¿Una misa?
Todo el ritual romano lo dais por retornar al impe-
rio de París y de la parisiense.

El florido anciano de antaño que echaba á volar
sus canciones en París como gorriones, cantaba:

Ris et chante, chante et ris;
Prends tes gants et cours le monde;
Mais, la bourse vide ou ronde,
Reviens dans ton Paris;
Ahl reviens, ahl reviens, Jean de Paris.

Sí, Béranger tenía razón. Para el verdadero pari-
siense de París, la bolsa más ó menos provista es
cosa secundaria. El rastacuero no comprenderá eso.
El parisiense de París sabe acomodarse. Sabe que
la gran ciudad, al que llega á conocerla bien y á
amarla de veras, le enseñará el arte de servirse,

con igual relativa satisfacción tanto del franco como
del luis.

Toujours, dit la chronique ancienne,
Jean sur son grand sabre á santé,
Quand de leur ville avec la sienne
Des sot, comparaient la beauté.

Proclamant sur son âme,
En prose ainsi qu'en vers,
Les tour de Notre-Dame
Centre de l'Univers.

El parisiense de París, como Jean de París, cuya
crónica tradujese ó modernizase Jean Moreas, que
padeecía gozosamente de parisitís, no admite com-
paración alguna. Apenas os reconocerá paridades
retrocediendo en lo pasado, y si nombráis á Roma ó
Atenas, y esto con una clara condescendencia, y
porque no puede haber celos posibles al tratarse de
ciudades muertas. Mas los Londres, las Vianas, los
Berlines y las Romas, no son admitidos sino como
lugares secundarios. El "quien no ha visto á Sevi-
lla, no ha visto maravilla" y el "ver Nápoles y mo-
rir", no hacen sino sonreír vagamente al verdadero
parisiense de París.

S'il franchit la grande muraille,
S'il cocufle un mandarin,
Du peuple magot s'il se raille,
A Paris s'il revient grand train,
L'espoir qui le domine
C'est, chez son vieux portier,
De parler de la Chine
Aux badands du quartier.

Anatole France en Buenos Aires, como Charcot en el polo, como Voltaire en el infierno, tened por seguro que no están preocupados sino de su París. Si algo hacen es por esperar un recuerdo ó una sonrisa de la diosa tutelar. La urbe coronada de torres, con su barca que flota y no se sumerge, es el ideal de sus pensamientos y de sus acciones. Volver á París y contar lo que se ha hecho y lo que se ha visto, ese es el objetivo del parisiense de París que se ausenta, personaje, por otra parte, no común, pues el neto parisiense de París no sale de su ciudad sino para su "villegiature". En tiempo del segundo imperio, se decía que no salía de los bulevares, y que nunca había pasado á la orilla izquierda del Sena. Y la canción os lo seguirá explicando mejor:

Je veux de l'or beaucoup et vite,
Dit-il, au Perou débarquant.
A s'y fixer chacun l'invite:
Me prend-on pour un tranfiquant
Loin de mes dix maitresses,
Fi de ce vil metall
Je préfere aux richesses
Paris et l'hospital.

El parisiense no es colonizador ni emigrante. No se transplanta, no se desarraiga. No le importa el resto del mundo. No es el francés, sino el parisiense de París, el famoso monsieur condecorado, que ignora la geografía. Ahora empieza á saber algo, y Buenos Aires está en su lección, por lo cual debéis regocijaros.

Je préfere aux richesses
Paris et l'hospital.

Se dirá que eso está dicho por Verlaine, si no se supiese lo que amaba "les ors" el pobre Lelián. El parisiense, no por ser tan apegado á su terruño y tan amigo de los placeres que en el "couplet" anterior se señala con indiferencia diez queridas, deja de ser gentil, entusiasta y valiente.

A la guerre gaiment il vole,
Pour la croix ou pour Saladin,
Se bat, jure, pille et viole,
Puis à Paris écrit soudain:

Que ma gloire s'étende
Du Louvre aux boulevards,
Q'un ramoneur y vende
Mon buste pour six liards.

En Perse, il pretend q'une reine
Lui dit un soir: Je te fais roi,
—Soit! répond-il; mais pour ma peine,
Jusqu'au Pont-Neuf viens avec moi;
Pendant huit jour de fête,
Tout Paris me verra
Montrer, couronne en tête,
Mon nez a l'Opera.

Jean de Paris, dans ta chronique,
C'est nous qu'on pèin, nous francs badauds.
Quitons-nous cette ville unique,
Nous voyageons Paris à dos.

Quel amour incroyable,
Maintenant et jadis,
Pour ces murs dont le diable
A fait son Paradis!

Ris et chante, chante et ris;
Prends tes gants et cours le monde;
Mais, la bourse vide ou ronde,
Reviens dans tou Paris;
Ahl reviens, ahl reviens Jean de Paris.

Y esa canción del buen Béranger me ha venido á la memoria hoy que tengo otra vez que dejar París, aunque yo no me considere con títulos suficientes para aspirar á parisiense de París.

A la verdad, París se infiltra en la sangre, penetra en el espíritu, se convierte en necesidad. Es su cielo, que no es puro ni cristiano, como los cielos de Italia y España; son sus calles bulliciosas y vibrantes, por las cuales va una onda de fluido parisiense perturbador y acariciador. Son sus museos y sus jardines, sus teatros y sus restaurants, y el bullir cosmopolita y la confusión babélica de los idiomas, y los rostros satisfechos de los extranjeros de paso y de los metecos residentes; y, sobre todo, es el pájaro del dulce encanto y la flor que danza y que sonríe, la figura de amor y de deseo en que habitan los siete pecados y los mil hechizos que se llama la parisiense.

Se diría que uno desea ausentarse para tener después el placer del retorno. Juan de París ríe y canta, canta y ríe, toma sus guantes y va por el mundo; pero, con dinero y sin dinero, vuelve á su París.

Skating ring al aire libre.

En el espacio que queda entre l'Avenue de l'Oseratoire y el jardín del Luxembourg, todos los domingos se reúne una regular cantidad de gente que forma círculo alrededor de unos cuantos jóvenes y niños que convierten la calle en un salón de patinar. La circulación queda interrumpida por esa vía. Los aficionados al americano patín de ruedas cosechan silenciosas aprobaciones y de cuando en cuando suele presenciarse uno que otro batacazo.

Los patinadores son de diversas clases. Predominan los anglo-sajones del barrio, artistas, estudiantas ó estudiantes, niñas con el lazo de cinta en el cabello y las piernas desnudas y rosadas, gibbon-girls largas y libremente elegantes, mozos hechos á todos los sports, que las acompañan en sus evoluciones y deslizamientos, y niñas parisienses y muchachos de las escuelas y tal cual intruso tipo apachado, que habla fuerte é interpela á los amigos de lejos. Van los patinadores en grupos y suena el rodar de las pequeñas ruedas con singular ruido. Quienes van en parejas, como para la danza, ó aislados, cual en fuga ó en persecución. El viento mueve y echa hacia atrás esa cabellera de hijo de Eduardo, ó esos rizos infantiles; pega las faldas á los muslos á modo de los paños de las húmedas estatuas de los talleres. Tal Atalandra rodante inclina el busto, ó se ladea, diríase que empujada por una ráfaga; tal mocetón se acurruca, ó hace que corre, ó gira como en un vals, ó se lanza con gallardía ó